



Antonio Moreno Herrera es natural de Trebujena (Cádiz) y nació el 19 de Febrero de 1978. Es Doctor en Química-Farmacéutica por la Universidad de Navarra. Aunque su trayectoria profesional ha estado y continúa ligada al mundo de la investigación científica, no descuida su pasión por la literatura. Así nace el relato que presenta en este Certamen, donde describe la vida de un joven doctorando de Ciencias, sus inquietudes y anhelos, sus preocupaciones y alegrías, en definitiva, sus sentimientos.

Antonio Moreno Herrera

Trebujena, Cádiz, 1978

Primer Premio

AUGUSTO

Dedicado a "Joselito y Pepa, con todo el amor del mundo."

Cae imparable la noche en Rabanales. El campus se queda desierto. El último tren, cargado con pocos estudiantes, parte hacia la Córdoba moderna. Los despachos están vacíos. Uno tras otro han ido despidiendo a sus ocupantes a lo largo de la tarde, con la suave melodía de sus cerraduras. Hace un rato que sonó cerrarse la última puerta, como siempre del despacho de Yoana, que abrió paso por fin, a la soledad de la noche en la planta tercera del edificio Severo Ochoa.

La oscuridad penetra en cada rincón del Departamento de Química Orgánica. Los pájaros han dejado de revolotear, signo de que han encontrado su lecho de rama. El laboratorio está apagado, al igual que el comedor y los pasillos. Augusto queda solo en el edificio, enfrentándose a su tercer año de doctorado. Como todos los días, a esa misma hora, sentado inmóvil en el último escalón de la escalera de emergencias y apoyado sobre la barandilla, admira las luces lejanas pasando

desapercibido para el guardia de seguridad. Augusto lo ignora, mientras intenta poner orden a su cabeza desamueblada. Muchas ideas le atormentan. Todas aparecen a la vez, desaparecen y vuelven a aparecer, esta vez por turnos. No sabe cómo recomponer lo que alguna vez creyó ser problemas menores en otras personas. Ahora le ha tocado a él, y no sabe cómo solucionarlos. Los experimentos, las amistades, los compañeros, la lejanía de su familia, el pasar del tiempo sobre sus abuelos, el futuro, los directores, enamorarse o desenamorarse. Se pregunta más de una vez si no hubiese sido mejor ser un pájaro, un estornino que hubiera encontrado ya su árbol para dormir a la luz de la luna, arropado por otros compañeros de vuelo.

El móvil vibra, pero no tiene ganas de cogerlo. Ni siquiera se ha esforzado en mirar quién le llama. Probablemente sea ella, que quiere volver a contarle la misma historia, la misma absurda historia. Pero no desea entrar más en su juego. “Ya está bien”, piensa. Es hora de apartarse y dejar de sufrir por alguien que no le merece. Aunque no sabe si realmente es él quien no está a la altura de ella. Es la psicología barata de consolarse suponiendo ser mejor que la otra persona. Pero no tiene por qué ser así. A lo mejor es que se ha ganado esta condena, porque él también despreció el cariño de antiguas compañeras. O a lo mejor es que su destino no es otro que tropezar y tropezar en los temas del amor. De cualquier manera, tiene algo claro en esta multitud de inquietudes, que nunca intentó hacer daño a nadie hiriendo los sentimientos, ya que tardan en curarse y siempre dejan cicatrices. Se levanta, tira la colilla al vacío y observa cómo se aleja, chocando por fin contra el suelo.

Camino del despacho, sin la necesidad de encender ninguna luz, recuerda cómo quedaron atrás las dificultades del primer año de postgrado. Ohiana, Silvia y Laura se “enrocaron” complicando su estancia. Incluso se planteó la necesidad de dejar estos nuevos estudios bajo esa situación tan desagradable. Asume que fue admitido en el grupo “Quinoxalinas” como un competidor, más que como un compañero. Y así se lo hizo saber a su Director, el Dr. Cabrera, quien muy cortésmente le invitó a trabajar duro hasta demostrar algo, antes de continuar con sus quejas infantiles. Todo aquello cambió con el paso del tiempo. Ahora se ha convertido en un veterano del grupo, herramienta fundamental para que éste siga avanzando en el campo de la ciencia. No obstante, no ha mejorado el ambiente entre compañeros, como tampoco ha conseguido unir un poquito,

aunque sea un poquito, a los demás habitantes de este piso tercero. Sufrir como pasan los días y no consigue hacer amigo alguno. Uno de esos amigos a quien llamar cuando estas investigaciones acaben, y todo quede en el olvido. Por lo menos, alguien de quien acordarse todas las Navidades para felicitarle las fiestas, aunque siempre las haya considerado una pantomima.

Suena el cronómetro avisando de la finalización de una reacción de reducción de amida, que lleva seis horas en ebullición en una manta calefactora. Un año, un año completo buscando las condiciones óptimas y los reactivos adecuados para obtener una simple amina, reacción básica que se aprende incluso en tiempos del Bachillerato. Y nada, no sale nada. No sabe qué desmotiva más, si la ciencia infructuosa o el mundo que le rodea, a punto de sufrir un infarto que pare todo el sistema capitalista. Antes de ponerse los guantes, toma el móvil del bolsillo y comprueba que finalmente fue ella quien lo llamaba, Carmen. Se pide perdón por la decisión tomada. Tiene que alejarse cuanto antes ya que no puede ser un muñeco más en las manos de una persona sin las ideas claras en estos temas del amor. O demasiado claras, según se mire. Probablemente se arrepienta durante mucho tiempo hasta que éste actúe como sanador de sentimientos, y suavice el recuerdo de un amor perdido desde un punto de vista romántico, o un amor no correspondido, siendo realista. La quiere demasiado y reconoce que no la olvidará tan fácilmente.

Apaga la manta calefactora, levanta el matraz de fondo redondo con el refrigerante hasta una altura que permite que el sistema vaya enfriándose. Lo sostiene firmemente con un soporte y una pinza. Añade el n-hexano, y como no era de esperar, aparece una neblina blanquecina que irá precipitando en un bonito sólido blanco. Se sorprende: “Qué bien, esta reacción va a ser fácil de analizar”; hoy puede que se vaya un poquito antes al piso. Cuántas veces habrá hecho esta operación, se pregunta. Las mismas veces que pide por favor, sin saber a quién ni por qué se lo pide, que la amina aparezca de una pajolera vez. Todas estas tareas del laboratorio las realiza como si de un robot se tratara, lo cual le permite centrarse en sus cosas, esas cosas que en conjunto, no permiten que duerma más allá de las seis de la mañana. Entonces, los ojos se le abren para no cerrarse más, dando paso a una lágrima que reconforta su alma hasta las seis de la mañana de una nueva madrugada.

Sonríe mientras piensa en su compañero, a quien informa y con quien debate de esos temas que le angustian. Ambos siempre terminan preguntándose lo mismo, con aires cómicos: “¿En qué momento de la vida nos hemos equivocado? ¿Qué hemos hecho mal?”. Esta noche, como todos los lunes, cuando Augusto llegue al piso cargado de maletas y “tuppers” llenos de comida, fruto de haber pasado un fin de semana en su pueblo, lo encontrará en el sofá dispuesto para saludarlo con la célebre frase: “Maleta para arriba, maleta para abajo, todas las semanas lo mismo”. Acto seguido: “Bueno qué, ¿acorralaste a la amina esa?”. Augusto contestará, como siempre: “No Alberto, es imposible. Creo que no valgo para esto.”

Sigue en el laboratorio. Ha filtrado ya el polvo blanco con la ayuda de un embudo Büchner. Ahora toca esperar a que se seque para realizar un espectro de infrarrojo. Mientras, llama a sus abuelos maternos para decirles que llegó bien a Córdoba y queden tranquilos. Está preocupado, no puede parar el tiempo y detener los continuos estragos que produce en la salud de quienes ama con locura. Es consciente de que los reflejos de esas bellas personas van ralentizándose, y cada vez de forma más intensa. ¿Cuál es el secreto de vivir tanto y tan unidos? Ni se imagina el dolor que le causará la falta de estas dos personas. Por eso mismo, quiere pasar el máximo tiempo posible en su compañía dando guerra para que activen su pequeño cerebro, intentando romperles la monotonía que alcanzan viendo los mismos programas televisivos. Qué pena no vivir con ellos. Qué pena. Ahora comparten techo con una desconocida, una paraguaya que los cuida día y noche a excepción de los fines de semana. Por cierto, este fin de semana fue especialmente duro. A la abuela le compraron una cama especial. Una cama individual para aliviar sus problemas de circulación. La cama de matrimonio se sustituyó entonces por otra camita pequeña para el abuelo. Ahora duermen en colchones separados tras setenta y seis años compartiendo el mismo lecho, pero con las camitas juntitas y dados de la mano. Decide cambiar de pensamiento, porque el corazón le aprieta y le ahoga.

Realmente no sabe por qué gasta su tiempo en preparar la muestra para hacerle el infrarrojo de rigor. “Si va a salir como siempre. Si el pico de la amida no se va ni con agarrás”, pensó. Bueno, algo tenía que hacer para demostrar, mediante algún informe, que él sí aprovecha su tiempo. El Dr. Cabrera es mucho Dr. Cabrera. Le tiene cariño y admiración, sí, pero cuando se le cruzan los

cables, tiembla hasta el gato. Los directores, al llegar a un nivel profesional determinado, olvidan el trabajo rutinario en el laboratorio, lo que cuesta y lo que se tarda en obtener resultados. Pero a estas alturas de la historia, ya sabe lidiar en las mejores plazas de toros. Sabe templar con una verónica, motivar con un pase de pecho y llevarse al toro a su terreno con dos buenas chicuelinas. Lo único que puede echarle en cara es que necesita que crea en él, necesita de su motivación, de una oportunidad para demostrar cuánto vale. Sabe que de este grupo ha salido gente muy buena sin rumbo alguno. Sabe que él seguirá el mismo camino.

“Lo ves, es que no te enteras”, se dijo así mismo. Volvió a salir el pico de la maldita amida en el espectro de infrarrojo, lo que quiere decir que no se produjo reacción alguna. Aunque había escuchado mil veces la misma frase de “después de la tempestad llega la calma”, su memoria no recordaba cuándo fue la última vez que navegó en la felicidad absoluta.

No quiere ser mayor, y se le nota. Físicamente aparenta unos cinco años menos, y hay veces que psicológicamente, según su madre, no ha alcanzado la mayoría de edad. Tiene veintisiete años recién cumplidos, y un futuro incierto por descubrir. Esa incertidumbre aviva también la llama de la angustia. Augusto no sabe bien qué quiere ser de mayor, ni tampoco cuáles son los caminos entre los que decidir para continuar andando. Las oposiciones de secundaria están muy difíciles, reconoce que no tiene currículum suficiente para que una empresa privada se fije en él, la Universidad tiene ya los puestos ocupados... ¿qué más opciones existen? Además, asume que nunca será capaz de encontrar a alguien a quien cuidar durante el resto de su vida y formar una familia. Probablemente porque cree con firmeza que nadie lo enamorará como lo ha sabido hacer Carmen. Tales tormentas de ideas hieren notablemente su ego, tanto que va desapareciendo a marchas forzadas. Intenta autoconvencerse que debe marcarse objetivos a corto plazo, ya que la vida da muchas vueltas aunque él lleve mucho tiempo en la primera. “Primero y prioritario el doctorado, ya vendrán las demás historias. Y para conseguir el doctorado, hay que sintetizar la amina dichosa”. Y con tal objetivo, purificó, por si acaso, ese polvo blanco con carbón activo y disolvente.

“Bip”. Le ha llegado un mensaje al móvil: “Muxs felicidades x tu Santo!”. Ya son las doce de la noche y sin haber sido consciente de cómo vuela el tiempo en el laboratorio, ha recibido un “sms” de su hermana Ana, que a veces actúa más de madre que de hermana. Ana no para de decirle que la

Virgen de Palomares cuida de él y le ayudará a encontrar el camino. Ella sí es creyente, tanto que reza por duplicado, por ella misma y por su hermano. Augusto le contesta, en plan de broma, que si no podría rezar para que, al igual que le ocurrió a Conchita, la limpiadora que dicen se dio de baja por ver el espectro del Nóbel Severo Ochoa por los pasillos mientras pasaba la mopa, se le presente a él, se ponga una bata y entre los dos obtengan la amina tan apreciada.

“¡Jolines, que me quemó!”, gritó en silencio. Mientras purificaba el sólido obtenido, ha rozado la placa ardiendo con el dedo. La piel ha tomado una tonalidad roja y pronto le saldrá una pompa que le acompañará unos cuantos días en sus tareas rutinarias. “Pues bien empiezo mi Santo”, se recriminó. Yendo al botiquín para ponerse la crema de las quemaduras Furacán, suena otro “Bip”, otro mensaje que le llega al móvil. Esta vez ha escrito Carmen: “Felicidades! Te echo mucho de menos. Vente por favor”. Mientras lee y relee el mensaje en su Samsung gris, se intenta convencer de que todo es una mentira con ella: “Únicamente soy un juguete de entre semana a la espera de que llegue tu novio el fin de semana. Si me echas de menos, si quieres que vaya contigo, ¿por qué sigues con él?”. Ya es muy tarde y pulsa una de las teclas del móvil durante unos segundos hasta que aparece el siguiente mensaje: “¿Está seguro que desea apagar?”. Pulsó “Sí”.

De nuevo en la campana extractora, filtra con un embudo cónico para retirar el carbón activo mientras el sólido blanco permanece disuelto en el disolvente. Evapora éste hasta la mitad y bravo, otra vez empieza a aparecer un precipitado. Otra vez a realizar el espectro de infrarrojo. Pero esta vez lo hará mañana. Su estómago ruge como el león de la Metro, y su cama, aunque incómoda, le espera nerviosa para hincarle los muelles en su estrecha espalda. Guarda el precipitado en el frigorífico, apaga las luces, recoge las llaves del coche y retorna al piso. Es tan tarde, que esta vez nadie lo recibe despierto.

“Toc, toc, toc... Compi, a la ducha. Una tostada o dos”. Alberto lo despierta así cada mañana, aunque sabe de sobra que Augusto lleva dos horas despierto moviéndose sin cesar para buscar una postura que le permita reconciliar de nuevo el sueño. El ruido de los muelles le delata. “Buenos días Alberto, ponme una. Ayer me comí una lata de mejillones cuando llegué al piso y todavía no la he digerido”, contestó a su compi. “Vaya chollo de compañero de piso tienes, que te prepara

todos los días el desayuno”, vaciló Alberto. Augusto entró en el juego: “Dime, ¿quién te libró de un murciélago que casi te ataca hace unos meses? Por cierto, ¿Quién te hace el mejor arroz con chocos?”. Alberto es un tío de ciudad. Muy tiquismiquis con la comida y, aunque estudió Veterinaria en Madrid, huye de todo animal viviente que no sepa ladrar. De hecho, todavía se ríen cuando en feria, ya dormidos a eso de las dos de la madrugada, se levantó de su cama y despertó a Augusto diciendo que había un bicho muy grande en su habitación. Éste creyó que, fruto de la borrachera, Alberto estaba viendo alucinaciones. Pues no, era un murciélago que llevaba una hora merodeando por allí. Los dos decidieron enfrentarse a este nuevo inquilino. Augusto delante, equipado con la tapa del cubo de basura a modo de escudo y el palo de la fregona como si de una espada se tratara. Alberto detrás, agarrado a la puerta por si en cualquier momento se viera amenazado, cerrarla inmediatamente encerrando a su compañero con el animal salvaje. Allí estaba el murciélago, volando en círculos por la habitación. El objetivo era, sin perder una gota de sangre en el intento, alcanzar la ventana, abrirla e invitar al bicho que abandonara rápidamente la casa. Aunque éste se resistió en numerosas ocasiones, terminó saliendo, sano y salvo, en busca de la libertad de la calle. Desayunaron juntos y cada uno en su coche, se dirigieron a la Universidad, a un edificio diferente.

La mañana se le complicó a Augusto con las prácticas de Química Orgánica Avanzada II. Le gusta enseñar y lo hace bien, los alumnos así se lo reconocen. No obstante no soporta el olor a piridina de estas clases experimentales. Las campanas extractoras de las aulas de prácticas no funcionan bien, entre otras cosas. Así que el ambiente es el más deseado para intoxicarse. De hecho, al final de la mañana la ropa toma ese olor nauseabundo que no se elimina hasta el segundo lavado. Esto es lo único que no ama de su trabajo, la toxicidad de muchos de los reactivos y disolventes que utiliza diariamente y que cree, a la larga, producirán algún efecto negativo en la salud. Aunque no considera que sea un remedio prodigioso, ni siquiera remedio, toma de manera rigurosa un vaso de leche entera todos los mediodías y todas las noches. Tiene mérito porque esta bebida la aborrece totalmente, por mucho que su madre lo intentara cuando niño, con dulces palabras o collejas por triplicado.

A eso de las tres de la tarde, una vez terminadas las prácticas y recogido todo el laboratorio,

tomó el ascensor para reunirse con otros compañeros en el comedor del Departamento. Hoy descongeló garbanzos con acelgas. Riquísimo. Todos los platos que implican la utilización de la cuchara, los adora. Tomó el “tupper” transparente de su neverita, quitó el esparadrapo donde se podía leer con letra de la madre y falta ortográfica incluida: “garbanzos hacelgas”, destapó parcialmente la tapa azul y lo metió en el microondas. No llevaba ni treinta segundos calentando cuando Silvia le avisó que el Dr. Cabrera quería reunirse con él a las cinco de la tarde. No era buena noticia, ya que por experiencia sabía que esa reunión acarrearía una multa equivalente a un mínimo de una semana de trabajo preparando cualquier historia. Por lo menos, todavía tenía hora y media para disfrutar de su comida, garbanzo a garbanzo. “Mmmm...”, repitió varias veces hasta acabar con ellos. Los compañeros envidiaban su forma de disfrutar de la comida. Desde que hundió la cuchara de plata ataviada con finos fillos de color oro en el plato, hasta que se pierdo dentro de la boca para posteriormente degustar la obra de arte de su madre. Una salsa deliciosa acompañaba a los garbanzos de pequeño tamaño que se deshacían inmediatamente al entrar en contacto con el paladar. Todo envuelto por trocitos suaves de acelga fresca. El olor hipnotizó a los allí presentes, y el silencio se apoderó de la sala.

La reunión no fue ni sencilla ni corta. Nada más entrar, y sin haberse sentado en la silla tapizada de cuero situada justo frente al Dr. Cabrera, éste le indicó: “Augusto, quiero que abandones la síntesis de la amina, ya has tenido suficiente tiempo para conseguirlo”. “Error”, pensó Augusto para sus adentros. Éste es el error típico ya conocido del Director que mantiene el ambiente de desmotivación entre sus compañeros. Constantemente hace responsable a sus discípulos de que una reacción, una práctica o un experimento no salga, como si se pudiera controlar los caprichos de la naturaleza. La cara de Augusto cambió por completo. Esa sonrisa que le acompaña a todas horas dio paso a una evidente desolación combinada con impotencia. Sus ojos verdes, tristes de por sí, brillaron esta vez de forma especial delatando su malestar ante esta nueva situación. El corazón latió más deprisa y la temperatura corporal aumentó hasta que su cara tomó una tonalidad roja más que visible. Un sudor frío le recorrió por la espalda mientras que el cuerpo se le quedaba tenso. Las manos se cerraron como si no quisieran dejar escapar el euro de la abuela para ir a comprar chucherías, como sucedía antaño. Era consciente de que su tesis acababa de dar un giro importante

cayendo al abismo. Y con ella, él también caía. Se quedó sin fuerzas y sin palabras, y no tuvo más que aceptar, mediante gestos afirmativos, que estaba de acuerdo con la decisión tomada. El resto de la reunión consistió en preparar, durante tres horas, nuevas prácticas así como estudiar nuevos proyectos para solicitar al Ministerio. “A trabajar duro”, le despidió el Dr. Cabrera. Como un boxeador grogui, salió cabizbajo a preparar el laboratorio de prácticas que albergará, al día siguiente, a un nuevo grupo de estudiantes.

Llegó de nuevo la noche a Rabanales. Augusto está solo en el Departamento. Sentado en el último escalón de la escalera de emergencias, enciende su único y último cigarrillo del día. Con la mirada perdida en el horizonte, juega a hacer figuras con el humo de su tabaco. No piensa en nada, solo en irse a casa para despedir de una vez el día de su Santo. No quiere estar más tiempo en ese maldito lugar. Se levantó y tiró el cigarrillo, ésta vez sin observar cómo ni dónde cayó. Se dirigió entonces al laboratorio para apagar aquellos equipos y luces encendidos. “Otra vez la puerta abierta. Con todo el dinero que tienen y no son capaces de comprar un frigorífico en condiciones”, maldijo. Miró dentro y la vio, a punto de caerse de la balda. El precipitado de su reacción purificada, la amida que no se reducía y que tantos disgustos le estaba proporcionando. Sin embargo, lejos de tirarla a la basura, como poseído por alguien, tomó una muestra y le hizo un infrarrojo. Estaba dolido en su orgullo, el doctorado no había sido justo con él. “¡No me lo puedo creer, no me lo puedo creer, no me lo puedo creer!”, gritó furioso. “¡La amina, la amina, la amina! ¡Sí! ¡La tengo, la tengo, la tengo!, continuó chillando mientras bailaba y saltaba de alegría. El infrarrojo mostraba el ansiado espectro de la amina. La reacción se había dado y tras la purificación había podido detectar el producto tan deseado. Lo consiguió. La satisfacción de Augusto era tan grande que su primera reacción fue la de llorar como un niño, no podía contener la emoción, la rabia acumulada durante estos años. Se sentó, hundió la cara en sus manos y lloró amargamente para dejar fluir la ansiedad que durante mucho tiempo le oprimía el pecho. Una vez tranquilizado, comenzó a comprender lo que había conseguido, y lo que significaba. Un trabajo por fin recompensado. Se sentía bien, volvía a creer en sí mismo.

Llamó a su hermana Ana, que se alegró enormemente por sentir feliz a su hermano pequeño.

“Te lo dije Augusto, la Virgen de Palomares te ha regalado en tu Santo el mayor de tus deseos”, le comentó. “Una curiosa casualidad”, le contestó su hermano. El resto de la noche la pasó llamando a sus padres y abuelos, disfrutando de los éxitos con su compi de piso, con el que brindó con una copita de Pedro-Ximénez, y deseando de que llegara la mañana siguiente para compartir su alegría con el resto de los compañeros del laboratorio, especialmente con el Dr. Cabrera. Por qué no reconocerlo, el Director también se puso contento, bien por el muchacho, bien porque la empresa farmacéutica con la que colaboraba seguiría confiando en su grupo de investigación. Probablemente por ambas cosas. Le dio un abrazo, un simple abrazo que desplazó la celebración del éxito profesional a la celebración del éxito personal. Una muestra de cariño capaz de mover montañas por la motivación que implicaba. Atrás quedaron momentáneamente las angustias y problemas que no le dejaban dormir.

Augusto no dejó de visitar ese último escalón de la escalera de emergencias de la planta tercera del edificio Severo Ochoa, que lo siguió acogiendo por muchos días. Ese escalón sigue guardando toda una serie de aventuras que Augusto sufrió y disfrutó esos años de doctorado hasta terminar brillantemente su Tesis Doctoral. Como fiel amigo, ese escalón guarda hoy todos sus secretos, a la espera de que otro doctorando, a la luz de la luna, quiera confiar en él todos los lamentos y alegrías de esta difícil etapa, pero maravillosa cuando se recuerda una vez terminada.